

VUELTA AL MUNDO

Vázquez Montalbán y la esperanza militante

La reciente desaparición de este poeta catalán deja un vacío por su ternura



TONI COMÍN

Manolos había muchos: el poeta, el intelectual de izquierdas, el narrador, el político o el periodista capaz de transitar desde el análisis político a la gastronomía o el fútbol. Y todos estos Manolos, siempre bien integrados, se iluminaban entre sí.

Su activismo político empezó en el FLP (Frente de Liberación Popular), donde coincidió con los jóvenes de *El Ciervo*, si bien su vida política estuvo asociada al PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya), a IC (Iniciativa per Catalunya) y, últimamente, al Foro Social de Porto Alegre. De sus años en el FOC, contaba: "Los más jóvenes del FLP pleiteábamos con Comín, Joan Gomis, Urenda o González Casanova en la búsqueda de una definición abiertamente marxista y una organización partidista, más allá del carácter de movimiento o frente abierto que impulsaban los seniors, más sabios sin duda que nosotros y con más distancia crítica. Nosotros éramos unos teóricos de diecinueve años educados por las traducciones argentinas, ellos venían de más lejos y estaban en estado de perpetua esperanza; no lo olvidemos: eran cristianos. A pesar de los enfrentamientos de entonces, (...) respetábamos aquel puñado de 'ciervistas' dotados de un lenguaje y casi una entonación comunes. Cada tribu tiene su lenguaje y su gramático. El gramático 'ciervista' por excelencia era Alfonso Carlos, voz y entonación, poética de nuevo cristianismo, Péguy, Marcel, Bernanos y Mounier, y el marxismo como espectáculo épico. (...) Alfonso era creíble. Sobre todo si hablaba con aquellos ojos acabados de salir, diríamos, con una audiencia con el Espíritu Santo".

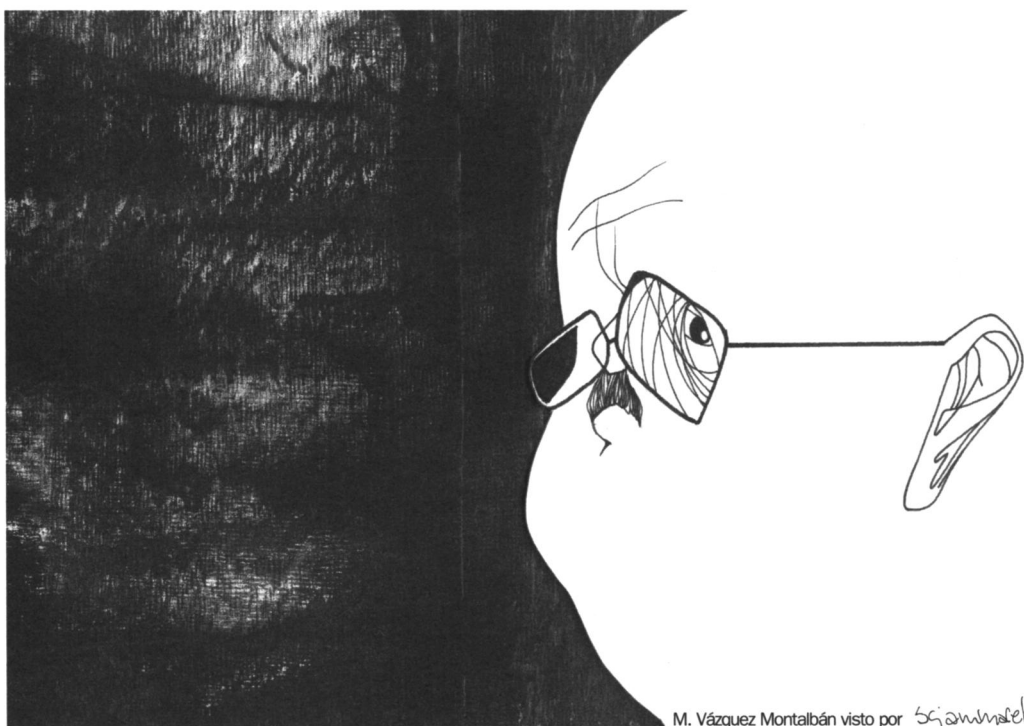
Como intelectual, para los chicos de izquierdas de mi generación, Vázquez Montalbán fue probablemente el faro más relevante durante nuestra juventud, el que más alumbró nuestra educación política e ideológica. No tanto por lo que decía, sino por la manera de hacerlo. A la vez lúcida y romántica. Siempre capaz de diagnosticar los desastres que acechan los horizontes de la izquierda, ya vinieran de fuera o de dentro; irónica, porque la distancia crítica es la única manera de no

escamotearse la verdad; pero siempre fiel a los ideales que hacen de la historia un lugar digno para la esperanza.

Cuenta Josep Ramoneda que, conversando por las calles de París después de la caída del muro, ante la insinuación de que ya no tenía sentido seguir erigiéndose como intelectual comunista, Manolo le respondió: "Deja que sea yo el que apague la luz". No era esa una frase dogmática, sino un modo de decir que allí donde hubiera un "sujeto histórico" —como los llamaba a veces recuperando la vieja retó-

esperanza histórica" era su secreto a la vez más público y más profundo, capaz de vencer cualquier escepticismo y cualquier cinismo, que si acaso él había transferido por completo a Carvalho.

Probablemente, este romanticismo comprometido y militante se explica por que, a fin de cuentas, él era un poeta. Otro amigo suyo, José M^a Castellet, cuenta que en el marco de una universidad de verano, en 1985, participó Vázquez Montalbán en una conferencia titulada "Futuro, ¿para quién?". En el debate, dos filósofos pos-



M. Vázquez Montalbán visto por Sciammabelh

rica marxista— luchando desde abajo por una causa emancipadora, él estaría apoyándolo con su mejor arma, que era la palabra. ¿No era su opción por la memoria como patria real del ser humano, esa memoria que en su caso empezaba en el barrio obrero y vencido del Raval de la posguerra, la que sostenía su compromiso con los perdedores?

En las varias veces que escribí sobre mi padre, siempre resaltó que lo que más le impresionaba de aquel amigo suyo tan temprano era la esperanza. "Alfonso era *l'homme revolté* más ambicioso de esperanza que he conocido". Y con su deje burlón habitual, había añadido alguna vez: "La esperanza, no como virtud teologal, sino como virtud histórica". Estas citas hablan mucho de Manolo: diría que "la

modernos italianos rebatieron el optimismo histórico del que él había hecho gala. "Contestó con cierta irritación a la primera pregunta, pero ante el discurso metafísico, agresivo e interminable del segundo, calló un momento y dijo en voz baja, casi inaudible: 'Mire usted, yo soy un poeta...'"

Manolo es de los que se ganan un lugar privilegiado en la memoria de todos nosotros. Si hoy nos sentimos más huérfanos, no sólo es porque su voz fuera una compañía habitual, cotidiana, sino porque fue y seguía siendo una compañía necesaria. Y no tanto por su lucidez, o por su compromiso, sino por su casi imperceptible ternura de poeta. □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE